

erificar todos sus anteriores compromisos si así le convenia, calculó tenerle mas cuenta ponerse del lado del de Medinaceli, y á pesar de su intimidad aparente con el confesor y la camarera, habló al rey en favor del duque, añadiendo que pensaba como él en lo de que debía buscar otro confesor mas blando y menos entrometido en las cosas de gobierno. Con esto el rey se determinó á apartar de su lado al P. Reluz, nombrándole obispo de Avila, bien que él prefirió una plaza en el consejo de la Suprema: y á propuesta del ministro nombró Carlos confesor suyo al P. Bayona, dominico y profesor de la universidad de Alcalá (julio, 1684).

Privada con esto de su mejor apoyo la de Terranova, sospechó que á la caída del confesor no tardaria en seguir la suya, y no se equivocó. Pronto recibió un recado de Carlos, diciéndole que convendria pidiese su retiro fundándose en sus achaques: cosa entonces desacostumbrada, porque las camareras solian serlo toda la vida, ó por lo menos mientras durára la de la reina á cuyo servicio una vez entraban. Hizolo así la de Terranova, esforzándose cuanto pudo por disimular la amargura, el resentimiento y la rabia que interiormente la corroian <sup>(1)</sup>. Entró en su lugar

(1) No pudo llevar muy adelante la ficción y el disimulo, pues al decir de un escritor de aquel tiempo, luego que se despidió de la reina, y al separarse de las damas que la acompañaban les dijo: «Me voy á mi casa á gozar de reposo, y no pienso volver jamás á palacio ni acordarme de él.» Y dió dos fuertes golpes sobre una me-

la duquesa de Alburquerque, señora de bastante talento y muy culta, del partido de la reina madre, de quien tenia tambien buenos informes la reina María Luisa, y aun el mismo Carlos no tardó en deponer las malignas prevenciones que contra ella le habia inspirado la de Terranova.

Creyóse con esto afirmado en su ministerio el de Medinaceli. Y tal vez habria podido sostenerse contra sus enemigos y envidiosos, si hubiera encontrado recursos siquiera para satisfacer ciertas ambiciones. Mas era el caso que á tal estrechez habian ido viniendo los pueblos y los particulares, que por mas diligencias que hacia no hallaba de dónde sacar dinero ni aun para las urgencias de la corte, cuando mas para los acreedores holandeses que á este tiempo se presentaron reclamando el pago de los anticipos que para la guerra habia hecho aquella república desde 1675; cosa que obligó al buen Carlos á esclamar: «Jamás he visto mas deudas y menos dinero para pagarlas: si esto sigue así me verá obligado á no dar audiencia á los acreedores.» Lo peor para el ministro era haber dejado retrasar el pago de la pension de la reina madre, lo cual no le perdonaba fácilmente aquella señora, que habia vuelto á recobrar casi todo su antiguo ascendiente sobre su hijo, y por ella se daban otra vez los empleos sin consulta del Consejo. Por otra

sa, é hizo trizas un abanico, y le otros semejantes ademanes de arrojó al suelo y le pisoteó, con cólera.

parte los amigos de fuera nos iban abandonando, y aquellos mismos genoveses que con tanta gloria se habían defendido contra el poder marítimo de la Francia por conservarse bajo la protección del rey católico, reconciliáronse con Luis XIV. por mediación del papa (1685); que fué cosa triste ver que hasta el pontífice caía en la flaqueza humana de desamparar al débil, y aun sacrificarle al poderoso! Y tanto se humillaron ante el señor y el tirano de Europa aquellos antes tan fieros repúblicos, que á trueque de hacersele benévolo y propicio le prometieron solemnemente arrojar ellos mismos de su ciudad y fortalezas las tropas españolas y desarmar sus galeras.

No dejaban de llegar á oídos del rey las quejas de tantos males, y las murmuraciones contra la ineptitud de su primer ministro. Veía también que ni los consejos ni las juntas ponían remedio al desorden de la administración. Veíalo igualmente la reina María Luisa, señora de buenos deseos y de mas resolución que su marido, aunque de complexión también débil, y ella fué la que le aconsejó que separase á Medinaceli. Si el mismo duque se convenció ó nó de que estaba siendo ya objeto de la indignación pública, y de que no servía para gobernar en circunstancias tan difíciles, cosa es de que puede dudarse. Porque ello es que se mantuvo en su puesto hasta que recibió un orden del rey diciéndole que podía retirarse á su villa de Cogolludo; y acabóle de informar de su des-

gracia el saber que iba privado de todos sus empleos. Salió pues el duque de Madrid para Guadalajara (14 de junio, 1685), quedándose en la corte la duquesa su esposa para ver si conseguía que se le levantara el destierro (4).

Habiendo salido del ministerio el duque de Medinaceli, reemplazóle en el cargo de primer ministro el conde de Oropesa, uno de los que mas habían influido en su caída, no obstante que tenía motivos para estarle agradecido, porque á él le debía el haber sido consejero de Estado y presidente de Castilla.

(4) Relacion manuscrita de los sucesos de la corte en este tiempo: Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Archivo de Salazar.—Ibid. Papeles de Jesuitas.—Relaciones, etc. MM. SS. de la Biblioteca nacional.—Diarios manuscritos del tiempo.